

En el bosque

(Discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, 1996)



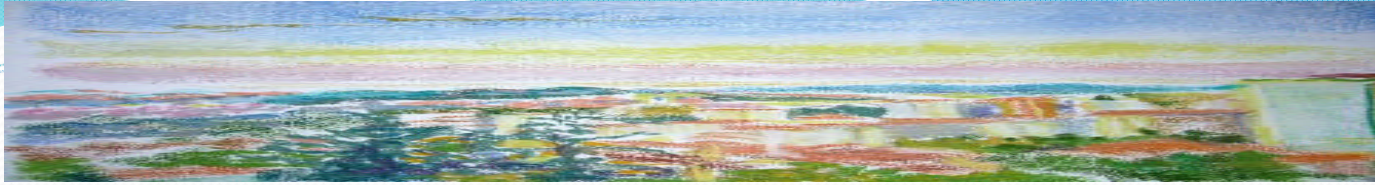
Ana María Matute

Galardonada con el Premio Cervantes en 2010

Galardonada con el Premio Nacional de las Letras, 2007



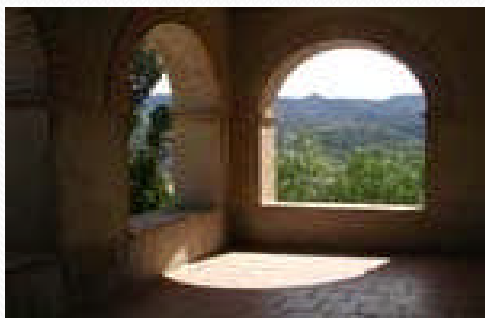
(Las cuestiones están en la última diapositiva)



Contadora de historias

Tengo que pronunciar un discurso y yo no sé pronunciar discursos. Apelo, pues, a vuestra benevolencia y os ruego que aceptéis estas palabras mías como **la expresión de lo único que soy capaz de hacer** y de la única razón por la que he llegado hasta aquí: **yo soy una contadora de historias**. Por ello, desearía aprovechar esta ocasión tan extraordinaria para hacer un elogio, y acaso también **una defensa, de la fantasía y la imaginación en la literatura**, que son para mí algo tan vital como el comer y el dormir, y que **opongo a la aridez** de la actitud que tan a menudo nos rodea, **que se niega a ver la dimensión espiritual de lo material**.

El «bosque» que es para mí el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra.



Así, es mi intención invitaros, en este discurso mío tan poco erudito y tan poco formal, a ensayar una incursión en el mundo que ha sido mi gran obsesión literaria, el mundo que me ha fascinado desde lo más temprano de la infancia, que desde niña me ha mantenido atrapada en sus redes: el «bosque» que es para mí el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra.



Qué ofrece el ESPEJO



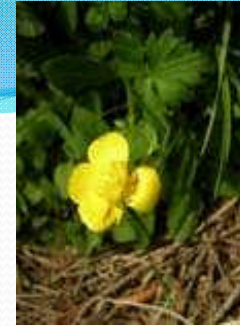
Y desearía hacerlo bajo la invocación de «Alicia en el país de las maravillas», con los siguientes versos: «Recibe, Alicia, el cuento y dépositalo / donde el sueño de la Infancia / abraza a la Memoria en lazo místico, / como ajada guirnalda / que ofrece a su regreso el peregrino / de una tierra lejana».

El momento en que Alicia atraviesa la cristalina barrera del espejo, que de pronto se transforma en una clara bruma plateada que se disuelve invitando al contacto con las manitas de la niña, siempre me ha parecido uno de los más mágicos de la historia de la literatura, quizá el que ofrece un mito más maravilloso y espontáneo: el deseo de conocer otro mundo, de ingresar en el reino de la fantasía a través, precisamente, de nosotros mismos.

Porque **no debemos olvidar que lo que el espejo nos ofrece no es otra cosa que la imagen más fiel y al mismo tiempo más extraña de nuestra propia realidad.**

Desearía, pues, exhortaros a participar, durante el breve tiempo de este atípico discurso, de la fascinación que sin duda constituye la cifra de mi obra, y acaso también de mi vida: **la posibilidad de cruzar el espejo e internarse en el bosque de lo misterioso y de lo fantástico, pero también del pasado, del deseo y del sueño.** No pretendo que abandonemos este mundo, nuestro mundo, sino tan sólo que nos aventuremos por unos instantes en los otros mundos que hay en éste.

Antes de saber leer, los libros eran para mí como bosques misteriosos.



El «bosque» que es para mí el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra.



Antes de saber leer, los libros eran para mí como bosques misteriosos. Me acuciaba una pregunta: ¿cómo es posible que de aquellas páginas de papel, de aquellas hormiguitas negras que la surcaban se levantara un mundo ante mis ojos, mis oídos y mi corazón de niña? ¿Qué clase de magia, de sortilegio era aquel que sobrepasaba cuanto yo vivía y cuanto vivía a mi alrededor? Criaturas, deseos, sueños, personas y personajes, y tiempos desconocidos bullían allí.

De pronto, la palabra hablada se orientaba entre los árboles y los matorrales, recorría el velo y hacía que apareciesen ante mis ojos cuantas innumerables miradas, memorias y atropellos pueblan el mundo. «Cuando yo sea mayor –pensaba– haré esto». Ni siquiera sabía que «esto» era participar del mundo imaginario de la literatura.



De la oscuridad surgía, gracias a las fantasías y a las palabras, un mundo idéntico al de los bosques, un mundo irreal pero, al mismo tiempo, más real aún que el cotidiano, un mundo que pronto se convertiría para mí en una auténtica tabla de salvación. Si no hubiese podido participar del mundo de los cuentos y si no hubiese podido inventarme mis propios mundos, me habría muerto.

Así de reales eran aquellos mundos en los que me sumergía, porque los llamados «cuentos de hadas» no son, por supuesto, lo que la mayoría de la gente cree que son. Nada tienen que ver con la imagen que, por lo general, se tiene de ellos: historias para niños, a menudo estupidizadas y trivializadas a través de podas y podas «políticamente correctas», porque tampoco los niños responden a la estereotipada imagen que se tiene de ellos.

Historia y Literatura en la Edad Media

- Los cuentos de hadas no son en rigor otra cosa que **la expresión del pueblo**: de un pueblo que aún no tenía voz, excepto para transmitir de padres a hijos todas las historias que conforman nuestra existencia. De padres a hijos, de boca en boca, llegaron hasta nosotros las viejísimas leyendas.
- Pero en esas leyendas, en aquellos «**cuentos para niños**» –que, por otra parte, fueron recogidos por escritores de la talla de Andersen, Perrault y los hermanos Grimm, por ejemplo– se mostraban sin hipócritas pudores las infinitas gamas de que se compone la naturaleza humana. **Y allí están reflejadas, en pequeñas y sencillas historias, toda la grandeza y la miseria del ser humano.** (...)
- **No desdeñemos tanto la fantasía, no desdeñemos tanto la imaginación**, cuando nos sorprenden brotando de las páginas de un libro trasgos, duendes, criaturas del subsuelo. **Tenemos que pensar que de alguna manera aquellos seres fueron una parte muy importante de la vida de hombres y mujeres que pisaron reciamente sobre el suelo y que hicieron frente a la brutalidad y a la maldad del mundo gracias al cultivo de una espiritualidad que les llevó a creer en todo: en el rey, en los fantasmas, en Dios, en el diablo...**
- El abandono de la barbarie de alguna forma va ligado a esas creencias, a esa fe ingenua e indiscriminada. **No seamos tan descreídos, no tanto como para imponer la desmemoria al conocimiento, si no queremos encontrarnos, al final, con las manos vacías. No olvidemos que Dios reside en todas las criaturas vivas del mundo, que la palabra descubre, desentierra del olvido o de la indiferencia futura aquello que nos hace distintos de las bestias.**

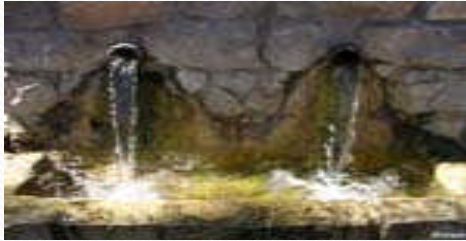


LA PALABRA CREATIVA

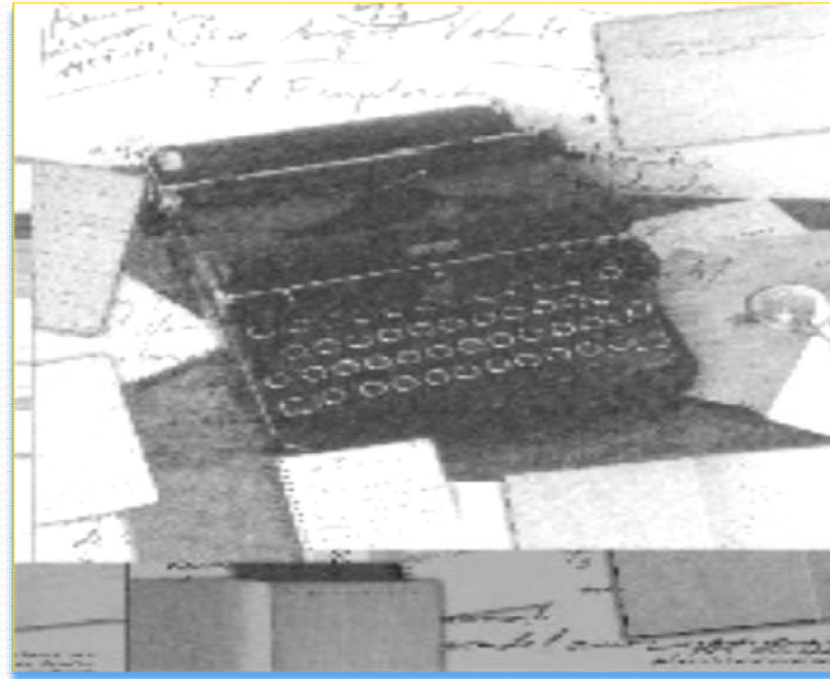


- Porque todos y cada uno de nosotros llevamos dentro una palabra, una palabra extraordinaria que todavía no hemos logrado pronunciar. Escribir es para mí la persecución de esa palabra mágica, de la palabra que nos ayude a alcanzar la plenitud; ella es la cifra de mi anhelo: que esa palabra pueda llegar a alguien que la reciba como recibiría el viento un velero en calma sorda y desolada, una palabra que acaso le conduzca hacia la playa, una playa que a veces puede llamarse infancia desaparecida, que puede llamarse vida, o futuro, o recuerdo. Que puede llamarse «tú» o «yo». (...)
- La palabra «hermano», la palabra «miedo», la palabra «amor», son palabras muy simples, pero llevan el mundo dentro de sí. No siempre es fácil, ni sencillo, descubrirlo. Hay que intentar alcanzar el oculto resplandor de esas palabras, de todas las palabras, o de una sola que todavía nadie oyó nunca pronunciar.
- Toda mi vida ha sido una constante búsqueda de esa palabra capaz de iluminar con su luz el país de las maravillas que tanto nuestro mundo como, sobre todo, nuestro lenguaje albergan, y que no siempre nosotros sabemos indagar. Porque las palabras –lo diré, para terminar, con los versos que cierran el poema de «Alicia»–: «Invaden un País de Maravillas... / Es como ir por un caudal corriendo, / Ligeramente y tan fugaz como un destello...»

LA PALABRA CREATIVA



Romance del
conde Arnaldos



Aranmanoth (Ana María Matute)

ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS



¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!

Con un halcón en la mano
la caza iba a cazar,

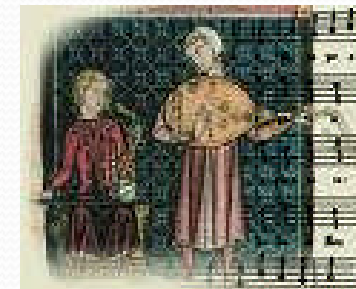
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;

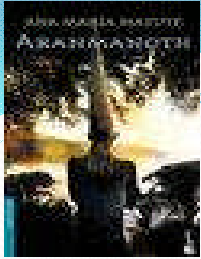
las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal;
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.

Marinero que la guía,
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.

Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
«Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.»

Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
«Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.»





Aranmanoth (Ana María Matute)

Pero Aranmanoth y Windumanoth no abandonaron sus costumbres. Todas las tardes —y eran tardes que solían prolongarse hasta bien entrada la noche— se reunían con las mujeres junto al fuego. Así creían recuperar poco a poco sus consejas y sus cuentos, como un intento desesperado de recobrar un tiempo definitivamente perdido.

—Dama Erica —decía Windumanoth con su tono más persuasivo—, cuéntenos otra vez la historia de *Los dos hermanos*.

La dama se hacía de rogar, pero al final la volvía a contar. Y aquella historia de los dos hermanos perdidos en el bosque que tanto les maravillaba cuando eran ni-ños, de pronto, les parecía carente de sentido. Y así ocurría con cuantos relatos o fábulas contaban las muje-res tras las súplicas de los muchachos. Cuanto más se esforzaban ellas en contarlas, menos atractivas, o quizá, demasiado conocidas les parecían a ellos.

Anhelaban voces nuevas, historias nuevas, sonidos y silencios nuevos, puesto que en sus mentes —y también en sus corazones— comenzaban a habitar y a crecer de-seos que escapaban a su control y a su entendimiento.

Hasta que un suceso cambió la rutina diaria. Un jo-ven de largos cabellos y ojos negros llegó a la casa una fría y oscura tarde pidiendo cobijo. El viento helado gol-peaba con fuerza las ventanas de todas las estancias. Aranmanoth y Windumanoth contemplaban desde la gran sala el sorprendente brillo del bosque, a quien el duro y cruel invierno no parecía ensombrecer. De pronto se sobresaltaron, puesto que escucharon unos insistentes golpes que parecían provenir de la puerta de entrada. Las sirvientas se apresuraron a abrir y allí en-contraron a un hombre joven, y muy bello a pesar de su aspecto descuidado, que suplicaba refugio ante la tormenta de nieve que se avecinaba.





Aranmanoth (Ana María Matute)

El hombre llevaba un instrumento musical que nadie había visto antes en aquellas tierras. Lo colocaba en su regazo y hacía vibrar sus cuerdas con dedos tan expertos que su música despertaba lo más escondido de la piel de quienes lo escuchaban.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Aranmanoth cuando aquel muchacho se tomó un respiro y bebió el vaso de vino que le ofrecieron las sirvientas.

—Me llamo un nombre distinto allá donde voy —contestó tras secarse con el dorso de la mano los labios mojados en un ademán que no estaba bien visto entre los moradores de la casa.

—¿Por qué? —preguntó Windumanoth.

—Porque yo soy aquello que las gentes sueñan, o desean, o recuerdan. Por eso, allí donde voy, recibo un nombre distinto.

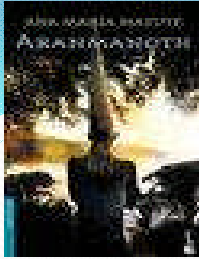
—¿Y aquí qué nombre traes? —le preguntaron los muchachos al unísono.

—Aún no lo sé —dijo el muchacho tras una pequeña

vacilación—. La verdad —y sonrió con ligera picardía— es que no lo sé, aunque si lo supiera no lo diría. Si os sirve de algo, os diré que podréis llamarme el poeta.

Al oír aquello, Windumanoth se levantó de su asiento y salió rápidamente de la estancia.





Aranmanoth (Ana María Matute)

Aranmanoth corrió tras ella. Sujetándola por el brazo y lleno de angustia le preguntó:

—¿Qué es lo que te ha ofendido? Dímelo y lo repararé con la espada.

—No se trata de ofensas, ni de espadas —contestó ella. De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas.
Es un presentimiento.

Desasiéndose de su brazo Windumanoth corrió hacia su dormitorio. Y por primera vez, Aranmanoth ni siquiera intentó seguirla.

Ante la incómoda situación que se había creado, y tras descansar un rato más, el joven poeta se fue, no sin Aranmanoth se retiró a su habitación y se tendió en el lecho. Lentamente fue repasando su vida. Aquella vida que parecía haberse sumergido en el devenir cotidiano y pacífico de su casa. Al mismo tiempo, a su memoria llegaban imágenes que le aterrizaraban al devolverle a los primeros pasos de su existencia: Eran las voces que hablaban de niños sagrados, sacrificados, salvadores... Alguien le mecía en sus brazos y, aunque se encontraba bajo una cortina de agua, tenía sed.

—Indícame dónde está el Sur y yo te conduciré. Mientras yo viva, nadie impedirá que llegues a él.
Se acercaron aún más a las almenas...



CUESTIONES



1. Intenta definir los distintos tipos de magia que conoces. Ahora piensa y escribe sus consecuencias.
2. Intenta explicar los diferentes efectos que puede tener la imaginación.
3. Qué consecuencias produce el poder de la imaginación en esta novela de Ana María Matute.
4. ¿Qué puede significar el “mundo de las hadas” en la novela?
5. Explica la función de Aranmanoth en la vida de Orso.
6. ¿Es consciente Arnamanoth de lo que tiene que hacer? ¿Es libre?
7. Explica el progreso en la vida de los personajes más importantes.
8. Intenta comparar esta novela de Ana María Matute con otras novelas o cuentos que conozcas sobre magia en la Edad Media. Señala las diferencias y las semejanzas.

A photograph of a dirt road lined with trees in autumn. The trees have vibrant orange and yellow foliage. The road is covered in fallen leaves. A teal decorative wave is at the top of the image. The text "Comienza a escribir" is overlaid in the lower center.

Comienza a escribir